

Ilusiones y realidades: Betanzos, 1936

MARTA GONZÁLEZ RODRÍGUEZ*

Sumario

Esta es una serie de relatos apoyados en una colección fotográfica familiar de Betanzos, datada en la Guerra Civil de 1936-39.

Abstract

This is a series of stories supporting a collection of photographs from a Betanzos family, dating from the Civil War of 1936-39.

LOS NOVIOS

Pedro Couce Vilariño, con 23 años de edad, servía en la primavera del 36 en calidad de cabo, en la plana mayor del Regimiento de Infantería número 29 en La Coruña, con destino en el depósito de armamento.

Era un joven como cualquier otro. Tenía una novia, María, también de Betanzos, con la que estaba prometido desde hacía poco tiempo.

Los permisos que le eran concedidos para salir del cuartel los aprovechaba para ir a Betanzos a reunirse con su familia y ver a su novia. En otras ocasiones era ella quien se desplazaba a La Coruña para encontrarse con él: los podemos ver paseando por los Cantones, él con gorra de plato, machete de paseo y galones de sargento en las bocamangas. Les acompañan las dos hermanas de Pedro, «de carabina», como era preceptivo entonces. La fotografía está fechada por María en el margen derecho «2. Julio. 1936».

A veces le enviaba alguna fotografía de su vida militar. Se muestra en la imagen con otros dos compañeros al frente de una compañía de Infantería de su regimiento.

En una humorada típica de la gente joven, señala a cada uno de los tres con una marca, 1, X, 2, y hace las siguientes anotaciones en el reverso de la fotografía:

- «1- representante de corbatas en conserva.
- X- (Él) El Ministro de Marina.
- 2- Marqués de la Harina y Conde del Chusco».

Poco después de iniciadas las hostilidades de la Guerra Civil, el día 13 de septiembre, Pedro resultó herido en el Alto de Cabruñana, Asturias, siendo trasladado al Hospital de Campaña de Salas; pero, debido a la gravedad de las heridas recibidas, murió en el mismo hospital el día 15 de septiembre de 1936.

* **Marta González Rodríguez**, de familia betanceira, es especialista en Obstetricia y Ginecología en el Hospital Clínico Universitario de Santiago de Compostela y profesora asociada de Obstetricia y Ginecología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Santiago de Compostela.

Su padre acudió allí para hacerse cargo del cadáver, y el sepelio tuvo lugar en Betanzos dos días después del fallecimiento. Su lápida puede verse aún hoy tal como se dispuso en su día. Una nota de prensa y una esquela en el periódico testimonian su muerte.

La vida de Pedro fue tan corta, que no pudo ver realizados sus deseos y expectativas de vida en común con María. Ella, por el contrario, llegó a cumplir los noventa años, conservándolo siempre en sus recuerdos de juventud.

LA DESPEDIDA

Otro joven de Betanzos fue Genaro González González. En el verano del 36 se encontraba con su familia en la ciudad. Eran las vacaciones de un estudiante de Medicina en Santiago de Compostela. Acababa de finalizar el quinto año de la carrera.

En el mes de agosto, igual que los demás mozos en edad militar, fue llamado a filas. Tenían que partir a sus destinos en los distintos frentes. Lo vemos despidiéndose con un amigo; con su hermana Angélica, el amigo y otras dos jóvenes en otra imagen añeja, porque siempre hay tiempo de hacerse unas fotos para el recuerdo. Ponen sonrisas a sus caras, pero las miradas mates no denotan alegría.

Se retrata también con su sobrinito Carlos en brazos, el bebé de la familia por aquel entonces. El niño, con su trajecito blanco antoja ser un puntito de luz y esperanza, en contraste con el tosco uniforme del soldado y lo aciago del día de la partida.

El último momento se aproxima, hay que subirse ya a los camiones del ejército. En la imagen en que podemos verle junto a otros compañeros de viaje y familiares al pie del camión, se percibe la gran carga emotiva del momento.

A él le despide su querida hermana mayor, Ana. Y al otro joven, un hombre, a quien vemos parcialmente de espaldas y que bien pudiera ser el padre.

La actitud de los dos grupos familiares es la misma. No se miran, porque ninguno quiere ver las lágrimas que pugnan por brotar en los bienamados ojos del otro. Las emociones se apalotan en el corazón, pero, en las mentes de todos domina una única pregunta, simple e inequívoca, la misma que siempre se han hecho los implicados en trances similares a través de la historia de la humanidad. Es la pregunta que no se verbaliza, pero suena tal y cómo, a veces, lo hacen los silencios: ¿volveré?, piensa el que se va; ¿volverá?, matinan los que se quedan, ¿cuándo y cómo?...

Se pone en marcha el convoy del ejército. El joven de nuestro relato levanta la mano en un gesto definitivo de despedida, el último adiós.

Genaro se incorporaba a la primera compañía del primer batallón correspondiente al primer Regimiento Zamora número 29, según dejó constancia en un pequeño librito que le acompañó fielmente todo el tiempo bélico, en el bolsillo de su guerrera.

Nuestro casi médico combatió en varios frentes. Fue herido en combate en el frente de Asturias. En Grado, una herida leve en la mano izquierda, y en Trubia fue alcanzado en un costado por una ráfaga de artillería aérea, recuperándose por fortuna.

Al final del último año de la guerra podemos verle con el uniforme de Sanidad Militar.

Genaro tuvo mejor suerte que Pedro y volvió de la guerra.

Después de terminar la contienda, cursó el último año de la licenciatura de Medicina, pudo reanudar su vida y ejercer la profesión elegida. Murió en Santiago de Compostela en 1990.

EL ESFUERZO GENEROSO

Durante esta difícil época tan candente como azarosa, las mujeres de Betanzos supieron aportar su ayuda generosa en la mejor de las formas que pudieron. Muchas de ellas se brindaron como enfermeras para prestar asistencia a los heridos en los hospitales militares que se habilitaron en algunos de los edificios más idóneos de Betanzos. Allí consumieron muchas horas de sus vidas desinteresadamente, aprendiendo el difícil cometido, instrumentando en los quirófanos, preparando vendajes y apósitos, lavando y esterilizando el instrumental médico, atendiendo y curando a los convalecientes en las salas o, cuando menos, consolando a los desahuciados.

Tiempos difíciles, luchando contra las fiebres y las parasitosis, entre heridas complicadas, infectadas casi siempre, en un tiempo en que no existían antibióticos ni medicaciones adecuadas contra la infección.

Pero no sólo la atención profesional fue lo meritorio, porque ellas constituyeron el andamiaje moral que palió las penas de tantos heridos que, procedentes de lugares tan dispersos, carecían del indefectible afecto familiar.

Aún así, había momentos para que el equipo sanitario al completo posase ante el Hospital Militar o algunas enfermeras amigas se retratasen para la posteridad con su uniforme al pie de la escalinata.

Muchas otras betanceiras generosas hicieron su anónimo esfuerzo de otras formas. Unas, tejiendo prendas de abrigo para los combatientes durante los inviernos, enviando alimentos, cartas, fotos...

Ellas fueron las escritoras incansables de la guerra a sus hombres, incluso a desconocidos. Esas importantísimas misivas fueron los vectores por los que circulaba la vida desde el amor de las familias hacia la dura cotidianeidad de un frente de guerra sin piedad. Mantuvieron esa vida criando a sus hijos en soledad y sosteniendo los hogares, a veces con su único esfuerzo, trabajando los campos a falta de hombres de la casa.

LA FUERZA DE LOS AFECTOS

Uno más de los protagonistas de la historia de Betanzos durante la Guerra Civil fue el ya no tan joven, al menos para los criterios de la época, Gonzalo González González, que había nacido en 1902.

Gonzalo era un hombre amable, respetuoso y conciliador. También era muy reservado, posiblemente este carácter estuvo determinado por la incómoda sordera que aquejaba desde la infancia, dificultando su capacidad de relación. A pesar de ello había llegado a cursar algunos años de ingeniería y a tocar el violín, el cual le acompañaba en los momentos de melancolía.

En la época en que discurren estas historias militaba en la Falange Española de Betanzos. En esos tiempos revueltos y siempre que le fue posible, ayudó a huir a amigos y conocidos partidarios del Frente Popular, cuando tenía la certeza de que sus vidas corrían serio peligro.

Su natural discreción resultó de suma importancia para que los vitales avisos no trascendiesen nunca, ni menos significasen deuda alguna para con él. No era para menos.

Quizás pensó que este secreto moriría con él cuando su vida tornase al ocaso.

En las situaciones conflictivas las mentes pueden confundirse, pero los corazones se hacen transparentes. Los sentimientos no mudan cuando, en ocasiones, a la extraña geometría de la vida se le antoja trazar una línea divisoria, dejando en zonas opuestas a

seres humanos que han mantenido relaciones de avenencia durante años. Los afectos se rebelan, induciendo a ayudar a los otros, a veces con un costo personal importante.

Nos vienen a la memoria aquellos vecinos de los Frank en Holanda, «el Comepapeles» de la Revolución Francesa y tantos otros que nunca conoceremos. No sólo es condición la convivencia para que afloren los sentimientos. ¿Acaso no inspira piedad la tremenda soledad de los fugitivos?

Contrariamente a las expectativas de Gonzalo, y después de su muerte, que tuvo lugar en 1962, a causa de un carcinoma bronquiopulmonar, su viuda empezó a recibir las cartas de pesar agradecido de quienes, desde próximos o lejanos exilios, conocieron el final de aquel que les había permitido conservar su vida; vida que ahora la enfermedad le arrebató a él. Aún hoy, después de los muchos años transcurridos, manos anónimas siguen honrando con flores su sepultura.

LA VIDA CONTINÚA

El indestructible impulso vital de la juventud, aún en épocas de grandes dificultades, puja por salir y abrirse camino. Es imperativo hacer vida.

Los jóvenes se reúnen entre ellos y salen a disfrutar del buen tiempo y del clima mariñán. Las estaciones continúan sucediéndose puntualmente y en el verano podemos ver un grupo juvenil en la playa de El Pedrido, con el puente en construcción al fondo.

En una ocasión, atracando la barca después de un paseo.

Otro joven de uniforme bromea recitando un poema a un árbol o tal vez, ensayando una declaración de amor.

Después, ya en la postguerra, los tiempos continuaron siendo duros para quienes sobrevivieron, pero la gente joven siempre es ocurrente y animosa.

Por algún motivo, y en plena moda zarzuelera, algunos jóvenes contactaron con intérpretes del género lírico que eventualmente se hallaban en la zona, y se les ocurrió montar una zarzuela para arañar en los bolsillos de los betanceiros algunos dineros, a fin de sufragar los gastos de la cabalgata de reyes. Como se necesitaban voces femeninas y en Betanzos había algunas jóvenes que cantaban bien, el problema no iba a ser irresoluble.

Al hacer la tipificación de las voces, se supo que Chicha Rodríguez Ascariz tenía la tesitura de soprano lírico *spinto*, exigida por la obra elegida, por lo que le fue adjudicado el papel protagonista, y en unos meses fueron capaces de ultimar el proyecto.

Hubo quien no quiso participar por si aquello resultaba un fiasco.

Se estrenó, por fin, en el Teatro Alfonsetti de Betanzos, «La del manojito de rosas», de la que se dieron, al menos, tres funciones. Fue un éxito: todos quedaron encantados y consiguieron un buen «peto».

EPÍLOGO

Estos retazos de vidas humanas no tendrían ninguna trascendencia en sí mismos, excepto para quienes fueron sus protagonistas. Bien pudieran haber tenido lugar en cualquier otro territorio o en cualquier otra época histórica acontecimientos semejantes. Pero, sucedieron en Betanzos.

Sirvan para reconocer a los jóvenes brigantino del 36. No sólo a los que perdieron su vida, sino a todos, incluso a quienes la conservaron, ya que al menos en parte también consumieron esfuerzos e ilusiones en el tiempo de una guerra entre hermanos que no debieran haber vivido ni conocido.



Arriba, permiso de salida del cuartel del «Regimiento de Inf. Zamora núm. 29» (así consta en el reverso), del cabo Pedro Couce. Abajo («La Coruña 2 de Julio 1936»), Pedro Couce Vilariño paseando con su novia, María, y sus hermanas (de él) por los Cantones.





Pedro Couce en el Parque Pablo Iglesias de Betanzos con su uniforme de alférez eventual (ca. agosto 1936).



Ca. agosto 1936. Compañía de Infantería del Regimiento núm. 29 al mando de un Teniente de sable, correa y guante blanco, que ostenta en el pecho la medalla militar («2»). La primera sección de la compañía está al mando de un sargento (2º a la izda.). Al frente de la 2ª sección figura un alférez provisional, también de sable y guante blanco, que luce medalla y placa al pecho («1») y al mando de la 3ª sección, de casco, sable y guante blanco, Pedro Couce («x») con emblema de alférez eventual debajo de la medalla militar y luciendo yugo y flechas de metal sobre el bolsillo izdo. de la guerrera.



Betanzos

ENTIERRO DE UN HEROE

BETANZOS. — La muerte gloriosa del heroico sargento del Regimiento de Zamora don Pedro Couce Vilariño ha causado profundo pesar en esta ciudad donde tanto se le queria, cosa que se evidenció en el acto de su sepelio.

El sargento Couce fué herido el 13 de este mes en Cabruñana. Se habia distinguido en varias acciones mereciendo grandes elogios de sus jefes. A consecuencia de las heridas falleció en el hospital de Salas el día 15. Enterado su padre fué a recoger su cadáver en unión de seis falangistas de Betanzos.

Mientras permaneció el cadáver en esta ciudad estuvo escoltado por falangistas. Para asistir al entierro llegaron de La Coruña un capitán del Regimiento de Zamora y varios oficiales, sargentos y soldados que traían la representación del Regimiento. Venía además una sección de tropa. El Ayuntamiento de esta ciudad le ofreció magnífica corona, figurando también la del Regimiento y de amigos; en total, 8 ó 10.

Sobre el féretro, que iba cubierto con la bandera nacional, destacaba una preciosa palma de flores blancas regalo de la bellísima señorita de esta ciudad María Rodríguez Ascariz, prometida del finado.

El entierro constituyó una manifestación apoteósica como jamás se recuerda aquí. Se puede decir que iba la ciudad en masa. Cerró el comercio y se pusieron colgaduras con crespónes en todas las casas y edificios oficiales.

Presidieron todas las autoridades y el padre del finado, don Pedro Couce. Rindió honores al cadáver Falange Española forman-



Nota de prensa y esquila de Pedro Couce Vilariño.

do varias centurias de Puente deume, Coruña, Sada, Miño y esta ciudad.

En el cementerio hablaron el Comandante Militar, delegado civil, capitán señor Enseñat y Jefe de F. E. de esta ciudad, don Salvador Sánchez García. Al final se cantó el himno de F. E.

A los muchos testimonios de pesar que ha recibido su familia, unimos el nuestro muy sentido.

Causó profunda emoción entre el público que presencié la salida del cadáver de la casa de su madre, ver como su madre salía a darle el último beso al ataúd, lanzando henchida de santo patriotismo un ¡Viva España! que fué contestado por toda la concurrencia.



28 de julio de 1936. Genaro González despidiéndose de un amigo.



28 de julio de 1936. Genaro González González con su hermana Angélica (2ª por la izda.) y otros amigos.



Agosto de 1936. Genaro González, poco antes de subirse al camión que lo llevaría al frente, con su sobrinito Carlos Martínez, de dos años.



Agosto de 1936. Partida al frente de Genaro González González y otros soldados de Betanzos y la comarca, con la tristeza de sus familiares.



Agosto de 1936. Partida al frente de Genaro González González y otros soldados de Betanzos...




Genaro González González, al final de la guerra, con su uniforme de Sanidad Militar.



*Hospital Militar de Betanzos en las Escuelas y/o Asilo García Hermanos.
Abajo, enfermeras amigas de dicho hospital.*



 **VIVA ESPAÑA!**

DON ANTONIO LOPEZ ARMADA, TENIENTE MEDICO PROFESIONAL, DIRECTOR DE LA ENFERMERIA MILITAR DE BETANZOS (LA CORUÑA), Y JEFE DE SANIDAD MILITAR DE LA MISMA PLAZA.-

C E R T I F I C O: Que según datos obrantes en los Archivos de esta Dirección, la Srt^a MARIA RODRIGUEZ ASCARIZ, prestó sus servicios con carácter gratuito como Enfermera Auxiliar de Quirófano en estas Enfermerías Militares, desde el día 1^o de Febrero de 1.937 hasta el 11 de Octubre del mismo año, con una jornada diaria de seis horas, continuando prestándoles desde este día al de la fecha, como Enfermera de Sala, demostrando en todo momento una conducta ejemplar, trato afable con los hospitalizados y gran solícitud en los trabajos encomendados.-

Y para que conste y pueda exhibirle donde le convenga a la interesada, expido el presente en la Ciudad de Betanzos á veinticinco de Agosto de mil novecientos treinta y nueve.-
AÑO DE LA VICTORIA.-



Antonio L. Armada



Tres enfermeras amigas del «Hospital Militar» de Betanzos.



Gonzalo González González con uniforme de Falange.



Los hermanos Angélica, Consuelo («Chelo») y Gonzalo González González, con otros amigos en la playa de El Pedrido. Abajo, grupo de soldados tomando el sol en Betanzos.





Grupo de amigos en una lancha.



«Romeo y el árbol».



*ARTE, LITERATURA
ANTROPOLOGÍA...*



Unha obra de Sabela Arias. 2006.